**EL ÁNGEL DEL ROSTRO**

Y como nunca antes, la sizigia de la luz;

volverá a cantar

      mirando el mar inolvidable de la quinta dinastía

y en el recuerdo de la forma dórica de Helios

      o hasta en lo hondo del nocturno vegetal…

Entonces llegaron a Oxalhunca,

pero fueron ellos quienes dieron nombre a los distritos, a los pozos, a las ciudades…

Despojados de las insignias, errábamos

bajo los tenebrosos aspectos, las sobrepellices de la llama oscura,

¡porque ha llegado el tiempo de decirlo todo!

“¡Anna Livia, quiero saberlo todo de Anna Livia!”

Y de la liturgia astral de los sabeos,

      y de Amón-Ra

      y de los sacerdotes de Hierópolis…

Salimos del laberinto de las claridades y del aire fresco del segundo crepúsculo antes del fin,

      acordándonos

de los hombres-luz de la Shveta-dvipa, la isla blanca cuyo fulgor semeja al

esplendor manifestado del sol cuando se acerca el momento

de la disolución del universo.

Y más lejos de nosotros aún, de alguna oscura superstición,

      la frágil cosmogonía de nuestro amor.

Entonces los ángeles llegaron

      y posaron en nuestras frentes el amanecer de sus alas…

en otros tiempos.

En la isla de Quíos había antaño un rostro de Diana que les parecía triste a los que entraban y alegre a los que salían…

Había un laurel plantado en la tumba de Bribia, rey del Ponto.

Los muertos son más numerosos y nuestros recuerdos más antiguos.

Pasan por encima de las ruinas de nuestra memoria.

      Y aquí están, dice Cornelio Agripa,

      los 72 Ángeles que portan el nombre de Dios,

Shemhamphoras

y su Tabla.

      “Todo lo que yo había visto hasta aquí no era nada comparado con lo que prometían hacerme ver.”

Y desde más lejos aún, los Ángeles llegaron al horizonte dorado

por encima de las ciudades de Tolosa y Burdeos

      este 12 de enero de 1986, en profecía

de las caballerías de la Aurora

y en la profunda melancolía que cae del color verde

en nuestro destino,

color de la justa doctrina…

            Llegados del linde, refulgentes, nos rodearon

mientras que, hacia la plaza Gema de Dioscuro,

yo caminaba por la calle paramnésica,

reconociendo, lo juro, cada rostro.

Y, lentamente, con nuestros trajes de fiesta, presintiendo una ley incomprensible nos volvíamos inolvidables,

      ¡salvados por la aurora boreal de la Memoria!

Ya que, ¿acaso no ha llegado, claro, con una desconcertante claridad

      el tiempo de los últimos imperios

cuyos cantos nos acompañan con el ocaso

del último dios doliente?

¿Dónde está, pues, el intersticio de los mundos?

                  En Göttingen, donde nací, en la hora blanca que precede

a Aurora Consurgens, yo releía la Götzen Dämmerung

y los Dionysos dithyramben

en el Alfred Krönx Verlag,

      recordando las liturgias zoroastrianas de Sohravardî

      “suspendido del tabernáculo de la Exaltación y de la Gloria”,

y oía el murmullo

                  por encima de mí

                  en la hora azul oscura

de las Alas de Gabriel,

sin poder hacer nada.

Pero el verano desaparece, a su vez, ante un nuevo poder

y las aguas claras son el perdón.

Todo es verdadero, nada está permitido.

      Llegábamos a países que ya llevaban

      los nombres de nuestro presentimiento…

Los relojes se disolvieron en una espuma negra bajo las faces lunares y los sueños inquietantes. Pero para conjurar

      la Suerte,

      le ofrecí a Venus la verbena, a Mercurio el quinquefolio

      y a Saturno el asfódelo.

Vivíamos en la inquietud, la lucidez y la esperanza.

¿Era el “comienzo perpetuo”

      del que habla Jacob Böhme (Mysterium Pansophicum)

o bien la última posibilidad de los epitalamios?

¿Quién podría decirlo?

      “El espíritu de profundidad nunca muere.”

Nos habría gustado que las ideas se transformaran en íconos;

no finales

      sino auroras

     como la Torre o la Emperatriz del Tarot.

Que mi homenaje vaya a las catedrales, a las oscuridades, a los símbolos —

      en este no-país de terrazas de oro,

      hermosas como la fabulación espectral de un pavo real nocturno,

sobre la soleada tragedia del horizonte…

     Y la resplandeciente coreografía de las nubes…

Tú me me miras de nuevo en el ángulo del díptico de la naturaleza

y de la Sobrenaturaleza, bella como la Eurídice platónica

de la que habla Angelo Poliziano.

La Magia Natural establece que de las piedras

                 las que dependen de Venus son

el berilo, el crisólito, la esmeralda, el zafiro, el jaspe verde, la cornalina, “y todas aquellas

que tienen un color bello, cambiante, blanco o verde”.

                    Fue así como Fluvia de Eliasem me acogió en su memoria,

vasto palacio ardiente que separaba la ensoñación del sueño…

Llegamos desde el otro lado del horizonte con los tiernos follajes de la infancia y nuestra mirada chocó con las ventanas deshabitadas…

Las Pascuas del silencio vivían en la piedra de nuestras manos.

      ¡Oh Ágata endemoniada, una sombra azul en tu frente

      presagiaba el terror

de la gran noche del estío.

Debajo de Tipheret, el Relámpago brillante alumbraba

    los pilares de la Misericordia y del Rigor,

    entre Netsach, la Eternidad, y

    Hod, la Reverberación.

Todo eso ocurría en Tolosa durante una hora

*il punto a cui tutti li tempi son presenti*.

Un círculo de fuego daba vueltas en torno a nosotros, Ariel me sonreía, y en la tenebrosa

apertura de sus pupilas mi imagen, por primera vez librada de sus espejos perjuros,

mostraba

      un rostro de eternidad.

Y la sombra azul en mi frente presagiaba que había llegado el tiempo de decirlo todo:

                  la gran noche polar

                  y la frágil cosmogonía de nuestro amor.

Oh Lîlâ, juego de nesciencias del que se nos ha librado —

      y el recuerdo de Amón-Ra, más allá de la dependencia

     del espacio y del tiempo

*dove s’appunta ogni ubi ed ogni quando*

ya que Él dijo: “no os preocupéis por el mañana” —por los laberintos de aire de un follaje.

Él dijo: “dejad que los muertos entierren a sus muertos” —y el alba con diademas destierra

      en la frente negra de las rosas de sal la última apariencia de los más numerosos…

mientras que los menos caminan con ligeros pasos de fantasma

                  hacia la Estrella Flamígera.

Nos acordábamos de la Ley de las Edades de la que hablaba Hesíodo.

      “Y quiera el cielo que no tenga yo a mi vez que vivir en medio de los de la quinta raza… Entonces,

Dejando por el Olimpo la tierra de las anchos caminos, ocultando sus hermosos cuerpos bajo velos blancos, Consciencia y Vergüenza, abandonando a los hombres, subirán hacia los dioses eternos”.

     Los brincos acompasados

     de las líneas telegráficas

me acercaban a los azulados señoríos del mar.

En esos tiempos lejanos —la Edad de Oro de la que hablaba Hesíodo…

Porque nací antes de la victoria de los Titanes

                  en Heliópolis Magna,

y como Hermes-Thoth-Mercurio, bajo el signo Gema de Dioscuro,

yo fui el escriba de la Enéada divina,

creador de lenguas,

Gran Mago de las Esferas al lado de Ptah

y Maestre de los ciclos del Tiempo, según recuerdo…

                  “En los espacios eternos

                   por todas partes se ven las huellas

del hundimiento de los mundos”.

Así vivíamos en el siglo del arco iris,

      conservando la memoria de ellas, de claras lluvias malditas…

Altas sombras precedían nuestra huida. En lo hondo de la noche

      se abría el Águila de las transparencias.

Y la blancura de oro en la cartografía de los sueños…

      ventanas boreales abiertas en la frente del cielo —

El sueño fue para nosotros un jardín profético,

una arborescencia de luz…

                                                  ya que había sido dicho, en fin,

que íbamos a caer fuera del Tiempo.

“En la superficie infinita de los arces de Saturno…”,

me acuerdo de pronto del poema de Hermann Broch,

las largas frases del fuego (el Descenso) y de la belleza,

                   una vez alcanzado el límite del Tiempo…

Y Virgilio de pronto

ilumina la memoria, después del Alighieri,

      en este tren, entre dos ciudades natales

      entre dos mundos o hacia los azulados señoríos de Annabel Lee.

”Con los hombros inclinados hasta las rodillas, y él había leído el Eglogio de la Maga…”

Afuera, campos de girasoles se exaltaban en el azul crepuscular

y mi compañera sonreía dormida.

      Oh Geilissa, nombres de dioses aprendidos en la infancia me salían al encuentro

llenando el gran espacio desierto de nuestra esperanza…

      Atreo, Camira, Astypalaea…

Avanzábamos despacio y sin temor hacia la antigua ciudad.